

«SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS, QUIÉN CONTRA NOSOTROS» (ROM 8,31)

ESCUCHAR A DIOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Soy consciente de que el título de esta lección no es excesivamente original, pero cuando trato de serlo de una manera artificial siempre me acuerdo de una frase de Julián Marías en un libro sobre la historia de la filosofía: "Me interesa la verdad, no la originalidad". Pues bien, esta verdad, al preguntarnos por la presencia de Dios en esta pandemia, es sencilla: Dios está decididamente con y por nosotros. Por muchas veces que hayamos utilizado esta expresión paulina para comprender la forma de presencia de Dios en los momentos difíciles que nos toca vivir no significa que siga siendo menos verdad y que no podamos volver una y otra vez a esta admirable afirmación del apóstol san Pablo.

Ya llevamos prácticamente un año padeciendo esta situación de pandemia. En un primer momento nos pilló desprevenidos, casi con incredulidad respondimos de forma obediente a las directrices de los responsables políticos y sanitarios con la esperanza de que pronto pasaría esta pesadilla, mientras el horror y el sobresalto se apoderaba poco a poco de nosotros al comprobar el número de muertos y ver como los contagios crecían exponencialmente. Hoy nos encontramos en una etapa quizá más complicada, llena de incertidumbre, en una especie de depresión colectiva, ya que tenemos la impresión de que esta situación no va a terminar o al menos tan pronto como esperábamos. De la desorientación y el sobrecogimiento inicial, pasamos a la esperanza por una pronta solución que nos devolviera al ritmo habitual y normal de nuestras vidas; hoy vivimos con un cierto pesimismo y una sensación de frustración por agotamiento.

Atrás han quedado las buenas intenciones de salir fortalecidos y mejores para volver a una situación llena de incertidumbre, sintiéndonos más débiles y mostrando también nuestro lado más insolidario e incluso mezquino. La situación en esta "tercera ola" no deja de sorprendernos pues aquellas zonas del mundo que parecían que habían reaccionado bien ante el comienzo de los efectos de la Covid-19 hoy parece que están respondiendo mucho peor. A esto se añade que la llegada de la esperada vacuna parece que no está resolviendo, al menos de forma inmediata, la situación de emergencia sanitaria y todavía no han empezado a aflorar los aspectos sociales, económicos y políticos de esta crisis provocada por la pandemia.

En medio de esta situación de desconcierto, de desesperanza y de perplejidad nosotros queremos preguntarnos por la presencia de Dios en ella; qué es lo que él quiere comunicarnos en medio de una situación como ésta. ¿Qué podemos aprender de todo esto para la vida desde una perspectiva teológica y cristiana? Muchas veces los teólogos nos sentimos increpados porque nos dicen que no tenemos una palabra que decir ante la situación concreta de la vida. No es así. La teología acoge la realidad que padecemos como experiencia humana singular y palabra de Dios oportuna para convertir toda situación, por dramática que sea, en un tiempo favorable de salvación. Estamos llamados a convertir la crisis provocada por la pandemia en un *kairós* histórico salvífico¹. Pero esto no sucederá de forma automática, sino solo si somos capaces de interpretar lo que sucede en una doble llamada a la responsabilidad moral con la creación y con el prójimo y a descubrir aquí la presencia de Dios, de este Dios que está decidida y definitivamente con nosotros y por nosotros (cfr. Rom 8,31).

1. *«Esto tiene que suceder, pero no es el fin» (Mt 24,6): la acción de Dios en la historia*

Los discursos apocalípticos de los evangelios sinópticos se esfuerzan en mostrar que hay una diferencia cualitativa entre los acontecimientos dramáticos que suceden en el mundo y la llegada en gloria del Hijo del hombre. Jesús invita a sus discípulos a discernir e interpretar en medio del caos y de la incertidumbre los signos verdaderos de la llegada del fin como plenitud del tiempo, diferenciándolo de las situaciones históricas catastróficas que como mucho pueden ser la antesala de esa llegada: «Esto tiene que suceder, pero no es el fin» (Mt 24,6). Más aún, él advierte a sus discípulos sobre la proliferación de falsos mesías y profetas ofreciendo grandes pruebas y maravillosos signos para engañar a los elegidos (Mt 24,23-28). En este contexto Jesús nos dice que en medio de estas situaciones que habitualmente llamamos erróneamente apocalípticas se impone el discernimiento, la vigilancia y la fidelidad.

No estamos en una situación apocalíptica, pero este fragmento del evangelio nos puede ayudar a distinguir, por un lado, entre los acontecimientos históricos que nacen de la libertad de los hombres y tienen en la naturaleza finita de la creación su condición de posibilidad y, por otro, la intervención de Dios como acción conclusiva y salvadora de la historia. Es necesario advertir que ni siquiera en el género apocalíptico la tradición bíblica pone a Dios como sujeto

¹ Cfr. A. CORDOVILLA, «Teología en tiempos de pandemia», *Vida Nueva* nº 3178 (2020) 23-30.

directo o inmediato de lo que sucede en nuestro mundo. Ahora bien, la acción de distinguir no es para separar, sino para entender mejor la libertad y autonomía de la historia de los hombres; y el señorío y libertad soberana de Dios. Lo decisivo es que Él se manifiesta como Señor de la historia en cuyas manos providentes está el destino de sus elegidos y la última palabra para salvar juzgando la historia de los hombres².

La situación de pandemia que estamos viviendo nos pone a los cristianos ante una pregunta fundamental, más allá de otras cuestiones sanitarias, sociales, económicas y políticas: ¿qué tiene que ver Dios con todo esto? ¿Cómo podemos escuchar la voz de Dios en este tiempo de pandemia? ¿Qué es lo que él nos quiere decir con la situación histórica que estamos pasando? En mi opinión hay dos soluciones que no dan una respuesta convincente. Una, la podríamos llamar laicista, que trata de desvincular totalmente la cuestión de Dios de esta particular situación histórica. Pero no puede ser que si este Dios es realmente confesado como Señor de la historia lo que sucede en ella no tenga nada que ver con él. La otra respuesta, podríamos llamarla providencialista en el sentido que aplica directamente a Dios los acontecimientos históricos, como si hubieran sido causados por él como una forma de corregir, conducir o llevar delante de forma misteriosa su historia de salvación. Si fuera así, tendrían razón aquellos que cuando sucede una desgracia se vuelven contra Dios como si su omnipotencia fuera confundida con la forma de un poder arbitrario.

Cada una de ellas tiene una parte de razón o su momento de verdad. Dios no puede ser introducido en los acontecimientos de la historia como si fuera un agente o sujeto más de ella, interviniendo directamente para así conducir según su voluntad la historia de los hombres. Él ha creado un mundo libre y autónomo y su acción, presencia y providencia no pueden ser entendidas como una continua excepción a las leyes naturales y al dinamismo de la historia. Pero si es realmente Dios y confesado como creador omnipotente, principio y fin de toda la realidad creada, no puede ser excluido de tal forma que de hecho no tenga nada que hacer ni nada que decir en el mundo creado³. Hay, como en todo lo que sucede en el mundo, un misterioso designio divino en todo lo que acontece,

² Cfr. K. STOCK, *La última palabra es de Dios. El Apocalipsis como Buena Noticia*, Madrid 2005.

³ La pregunta por la acción de Dios en el mundo en una comprensión científica de la realidad se ha convertido en una auténtica cuestión teológica actual. CH. BÖTTIGHEIMER, *¿Cómo actúa Dios en el mundo?* Salamanca 2015; R. A. SIEBENROCK -C. J. AMOR (eds.), *Handeln Gottes. Beiträge zur aktuellen Debatte*, Freiburg 2014; D. EDWARDS, *How God Acts. Creation, Redemption and Special Divine Action*, Minneapolis 2010; M. WILES, *God's action in the world*, London 1986.

que hace posible que podamos vivir siempre desde la confianza de los que se saben cuidados y amados por Dios; a la vez que hay que reconocer una distancia entre las acciones naturales y mundanas que suceden en nuestra historia y las acciones divinas que acontecerán en el final de los tiempos. Esto deja y abre un espacio para la responsabilidad humana que ha de hacerse cargo del camino de la creación hacia la perfección para la que ha sido creada y para el descubrimiento de la presencia real y misteriosa de Dios que sostiene este camino con su providencia. La realidad creada en su fragilidad y belleza, en su cruz y su gloria, en su límite y exceso, se convierte así en llamada doble para el ser humano a la responsabilidad ética y al reconocimiento del misterio de Dios (cfr. Rom 1,19-20).

2. «El susurro de una brisa suave» (1Re 19): la presencia de Dios en la pandemia

Cuando he pensado en esta situación que vivimos desde una perspectiva teológica he tenido como referencia dos textos bíblicos que me han ayudado a entender la presencia de Dios en una situación como ésta. El primero está tomado de la segunda carta a los Corintios: «Ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación» (2Cor 6,2). Los cristianos estamos llamados a acoger la realidad que padecemos como experiencia humana singular y palabra de Dios oportuna para convertir toda situación, por dramática que sea, en un «tiempo oportuno». Creo que Dios sigue ofreciéndonos este tiempo de gracia en medio de la crisis e invitándonos a que convirtamos la *crisis* en *kairós*.

No obstante, hay que tener en cuenta que las crisis no suelen producir giros radicales en la andadura de la historia humana, más bien, aceleran los cambios que esa cultura ya albergaba en su interior, radicalizando algunas de las tendencias que ya existían en ella. Las conversiones morales y religiosas no suelen ser epocales, sino personales y es precisamente desde ellas desde donde poco a poco se puede ir transformando el curso de la historia humana, tal y como fue en el inicio del cristianismo y en sus momentos decisivos a lo largo de la historia. Desde el punto de vista de la teología de la historia podemos decir que ésta no avanza a pasos de gigantes, en una especie de ritmo hegeliano de tesis-antítesis-síntesis en un continuo ascender progresivo. La historia avanza hacia su plenitud de una forma germinal, como el grano de mostaza, como la levadura en la masa, como la semilla que crece por sí sola, sin que seamos capaces de percibir en ese momento que un determinado acontecimiento histórico, un movimiento

marginal, una semilla sembrada en el surco, un pequeño fragmento de la historia contiene ya la plenitud y la totalidad⁴.

Por este valor siempre de lo personal y de lo pequeño, de aquello que no hace ruido y casi no se ve en medio de grandes convulsiones, el segundo texto al que me he remitido cuando he pensado en la llamada de Dios en esta situación es al primer libro de los Reyes en el conocido relato de la teofanía de Dios en el Horeb al profeta Elías (1Re 19,1-21). Lo he escogido como segunda referencia porque pienso que en estos momentos precisamente hay que huir del ruido, del estruendo, de los radicalismos para encontrar la presencia y escuchar la voz de Dios: Dios no estaba en el huracán que hendía las montañas y resquebrajaba las rocas; Dios no estaba en el terremoto que abre grietas en el suelo que pisamos; Dios no estaba en el fuego que consume todo a su paso dejando polvo y cenizas... Elías escuchó la voz de Dios después del susurro de una brisa suave, «el silbo de un aura tenue» (Cantera). Ahí es donde él, lleno del celo de Yahvé que le hacía arder, encontró la voz y la voluntad de Dios y así el nuevo camino a seguir cuando el pueblo de Israel quería abandonar la Alianza y estaba seducido por la idolatría. (baales). Esta es un poco la sensación que tengo ahora después de estos meses extraños, dramáticos, sobrecogedores, inciertos... hay demasiado ruido, no solo político y mediático, también eclesial y creo que ahí no está Dios.

3. *«En el principio existía el Logos» (Jn 1,1): el primado de la realidad*

La fe cristiana parte del axioma de que, en el principio, antes de cualquier otro ser o realidad, existía el Logos. Esto significa entre otras cosas que la realidad no se construye, sino que nos viene dada por un principio personal, racional y amoroso, que ante todo debemos acoger. Es un principio de un sano realismo que nos invita a acoger la realidad como creación que viene de Dios y en la cual ha querido manifestarse al encarnarse en ella. No hay una palabra, sistema, teoría, ideología que pueda anteponerse ante este principio decisivo y fundamental. Hay un primado del logos, de la verdad, de la realidad que hay que acoger sin pretender ocultarlo o trasponerlo con otro tipo de acciones e ideologías⁵.

⁴ Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *El todo en el fragmento. Aspectos de teología de la historia* 2008; M. LEGIDO LÓPEZ, *Misericordia entrañable. Historia de la salvación, anunciada a los pobres*, Salamanca 1987.

⁵ Este primado del logos ha sido subrayado por dos autores significativos en contextos diversos. Por un lado, Romano Guardini en su comprensión del espíritu de la liturgia en el capítulo que cierra su primera gran obra publicada en 1918: «Der Primat des Logos über das Ethos». Cfr. R. GUARDINI, *Vom Geist der Liturgie*, Paderborn ²¹2007, 79-88. Por otro, Joseph Ratzinger en su

Este primado del logos teológicamente hablando se corresponde con el primado de la realidad desde el punto de vista social. Los efectos de la pandemia nos han colocado de forma obligada ante el primado de la realidad frente a tanta imagen manipulada o palabra vacía. Hay que dejar que esta realidad nos hable en su verdad, sin imponerle ideologías, estrategias, propaganda, marketing, sobre-interpretaciones del corte o de la naturaleza que sean: son los muertos, los enfermos, los ancianos, los médicos y los sanitarios, los científicos e investigadores, los cuidadores, los empresarios, los trabajadores, las personas de carne y hueso en el desarrollo de su vida cotidiana los que tienen que aparecer en primer lugar. Luego vendrán las respuestas a esta situación desde la legitimidad de las diversas opciones políticas y las distintas propuestas pastorales. Al comienzo de la pandemia, inmediatamente proliferaron hermeneutas de la situación que nos decían qué estaba pasando y cómo teníamos que comportarnos. En estos momentos, siguen empeñados en darnos una lectura de la realidad cocinada que en el fondo no tiene nada que ver con ella. Dejemos que ésta nos siga hablando, interpelando, enseñando y aquí en esa realidad desnuda es donde debemos escuchar el susurro de una suave brisa que anticipa la voz de Dios. Entonces es el momento de salir y escuchar, una vez que ha pasado la tormenta, el terremoto y el fuego.

Este primado de la realidad nos obliga a poner la mirada en primer lugar en los muertos⁶, primeras víctimas de la pandemia, que parece que hemos querido ocultar como si hubieran sido los efectos colaterales impertinentes que venían a desfigurar la foto deseada de la realidad ante una pulcra intervención social y política. Esta situación que padecemos nos está enseñando una verdad fundamental: Más allá de las cuestionables o no decisiones políticas, el Estado, la ciencia, la sociedad civil, la iniciativa privada, las organizaciones no gubernamentales no pueden con todo. Ellas no nos pueden salvar. La vida y la muerte están más allá de nuestro poder, a pesar de que de forma constante nos esforzamos en dominarlas. Esta muerte, siendo un hecho ya irreversible para

debate con el pensamiento marxista del 1968 y después con las actuales tendencias apofáticas y pluralistas en teología. Cfr. J. RATZINGER, «*Introducción al cristianismo. Ayer, hoy y siempre*. Prólogo a la edición del año 2000», en Id., *Introducción al cristianismo*, Salamanca ¹⁷2020, 11-21.

⁶ Según la Nota de prensa del INE del 13 de enero de 2021 entre el 15 de marzo y el 27 de diciembre de 2020 ha habido 80.202 más defunciones que el año pasado. Hoy en día no tenemos todavía una cifra fiable de los muertos por la Covid-19 en España. El 13 de enero de 2021 se daba la cifra oficial de 52.683 personas fallecidas, pero la real según los datos anteriores está en torno a los 80.000 muertos. Se calcula que hay 2.137.220 de afectados en España. En el mundo han fallecido casi 2 millones de personas y hay cerca de 92 millones de afectados. Las cifras desgraciadamente seguirán subiendo.

quienes la han padecido, nos ha recordado la vulnerabilidad radical de nuestra existencia. Pero al recordarlos nos damos cuenta de que las personas, en su unicidad y singularidad, son el centro de nuestra sociedad y por lo tanto el eje sobre el que se han de tomar las decisiones políticas de los Estados.

No podemos anteponer la ideología u otro tipo de intereses al bien de la persona, con una dignidad irrestricta sea cual sea su situación física y social. Toda actividad que está al servicio del ser humano o quiere estar a su servicio (política, ciencia, tecnología, conocimiento, religión, arte, música...) cuando no tiene en cuenta la realidad dada y quiere imponerse a ésta desde esquemas preconcebidos, formulados desde los sistemas doctrinarios de corte que sean, se convierte fácilmente en ideología y ésta siempre a la larga es una realidad destructora de la dignidad humana. En este tiempo hemos podido ser testigos de la ineficacia e inoperancia de la política cuando ésta optaba por anteponer la ideología a la realidad. El baile de cifras, los reproches entre instituciones, las irrisorias puestas en escena, todo ello cae ante el hecho mostrenco de la muerte y de todas las situaciones de enfermedad, soledad e incertidumbre que padecemos; y, por el contrario, también resplandecen las acciones y las palabras verdaderas que acogen humildemente esta realidad y tratan de poner luz y remedio sin pretender sacar rédito social o personal. Solo tendríamos que hacer unas pequeñas modificaciones de lenguaje a los criterios que existían en el cristianismo primitivo para discernir si estábamos delante de un verdadero o falso profeta para aplicarlos hoy con eficacia a nuestra situación política y social actual⁷.

4. «Hijo de hombre, ponte en pie y hablaré contigo» (Ez 2,1): *El reconocimiento del hombre vulnerable*

«Hijo de hombre, ponte en pie, y hablaré contigo... hijo de hombre, escucha lo que voy a decirte... Hijo de hombre, te envío a los israelitas, al pueblo de los rebeldes... Tú, sin embargo, hijo de hombre, escucha lo que te digo, no seas rebelde como esa casa rebelde» (Ez 2,1.3.8). Es propio del libro del profeta Ezequiel el título *hijo de hombre* con el que Dios se dirige al profeta. Frente a un pueblo orgulloso y rebelde, la primera acción profética de Ezequiel es acoger este nombre por parte de Dios. Así le recuerda una verdad fundamental: él, como todo el pueblo de Israel, no son dioses, sino criaturas. Coincide esta verdad bíblica con la sabiduría romana cuando después de la batalla, celebrando la victoria, un

⁷ Cfr. *Didajé*, XI, 3-12; *Hermas, El Pastor*, Mand. XI (43), 7-16 son dos lugares clásicos en este sentido.

esclavo susurraba al oído del emperador una verdad fundamental: «recuerda que eres mortal» (*memento mori*).

La lección implacable que hemos aprendido en este tiempo es que el ser humano es un ser vulnerable y también las estructuras que él construye para configurar la vida social. La fragilidad y la muerte forman parte de la condición humana⁸. No es lo único, pero sí una dimensión esencial que no podemos dejar de lado u olvidar. Desde el admirable progreso técnico y los diferentes avances en el mundo de la biología, de la medicina, de la física y de la tecnología nos parecía que la humanidad, superada la época de las guerras, pestes, enfermedades, estaba alcanzando una nueva fase de desarrollo donde se le ponía en el horizonte la conquista definitiva de la inmortalidad. De la fase evolutiva del *homo sapiens* parecía que estábamos entrando en el camino del *homo deus*, tal como ha afirmado el profesor de historia Yuval Noah Harari⁹. La tesis de este autor es que alcanzada la estatura del *homo sapiens* y superadas el problema de las enfermedades, pestes y guerras, el ser humano puede dedicarse al siguiente paso en la cadena evolutiva como la inmortalidad, la felicidad y la divinidad, venciendo por fin a la propia muerte: «Después de haber salvado a la gente de la miseria abyecta, ahora nos dedicaremos a hacerla totalmente feliz. Y después de haber elevado a la humanidad por encima del nivel bestial de las luchas por la supervivencia, ahora nos dedicaremos a ascender a los humanos a dioses, y a transformar *Homo sapiens* en *Homo Deus*». La experiencia de la pandemia por el COVID-19, que podría poner en entredicho su tesis fundamental, no hizo mella en su visión optimista de la historia y su particular comprensión del hombre ante el problema (¡técnico!) de la muerte¹⁰.

Sin embargo, el común de los mortales no comparte esta visión tan optimista. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, nos hemos percatado de nuestra condición contingente de criaturas finitas, débiles y vulnerables. Esta realidad no debe inducirnos a caer en un pesimismo trágico, sino abrazar con realismo lo que somos como base fundamental para todo proyecto humano. En un sentido ser vulnerable no es sinónimo de debilidad, al menos en una forma

⁸ Cfr. H. SPRINGHART, *El hombre vulnerable. Morir, muerte y finitud en el horizonte de una antropología realista*, Salamanca 2020.

⁹ Y. N. HARARI, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Barcelona 2017, 32.

¹⁰ ID., «¿El coronavirus cambiará nuestra actitud ante la muerte? Todo lo contrario», en *El Confidencial* 26/4/20. Ese mismo día publicaba Olegario González de Cardedal en la Tercera de ABC otro artículo que contrasta precisamente con este a la hora de tratar el hecho antropológico de la muerte: «¿Por quién doblan las campanas?».

extrema, sino la constatación de que no somos intocables. Estamos expuestos a la realidad y esta nos afecta. El viejo anhelo de la virtud de la *apatheia* de la filosofía estoica puede ser entendido en un sentido moral, desde la búsqueda de una existencia que posee el dominio sobre sí ante las adversidades, pero nunca ha de ser el objetivo vital desde un significado metafísico como si el ser humano estuviera más allá de la temporalidad y la historicidad de la existencia. Somos mundo y estamos sujetos a que la realidad en sus avatares y circunstancias nos golpee y nos afecte profundamente.

La muerte no es un simple problema técnico, sino un profundo hecho humano que hay que saber vivir cuando esta llega en el ejercicio de la libertad e integrar en nuestra vida cotidiana. Cómo nos comportamos ante ella, nos hace humanos, tal y como ha mostrado el proceso mismo de hominización y el salto cualitativo que los seres humanos hemos dado cuando hemos mostrado el cuidado, la memoria y el culto a los difuntos. La vulnerabilidad, por otro lado, no es una etapa accidental de la historia humana o una condición concreta de unos cuantos seres humanos castigados por una situación desfavorable o una estructura social injusta, al menos no solo, sino una dimensión constitutiva de la existencia vinculada a su esencial condición histórica y temporal.

Pero a la vez y de forma inmediata hay que decir que el cristianismo no necesita un ser humano apocado o hundido por el peso de la vida y la existencia, menos aún un hombre acongojado por la muerte, para ofrecerle a Cristo como propuesta de vida y de sentido. "Ponte en pié" decía Yahvé al profeta; "No tengáis miedo", decía Jesús a los discípulos y nos sigue diciendo el resucitado-crucificado (Jn 20,20), también en esta situación que estamos viviendo bajo las sombras de la muerte. Él nos ha liberado del miedo a la muerte que nos mantenía como esclavos a lo largo de la vida (cfr. Heb 2,15) y con su resurrección se ha convertido en el primogénito entre muchos hermanos que nos quiere como él (Rom 8,29). En Cristo hemos aprendido una ley que rige también para los seres humanos, al menos como promesa: a mayor presencia de la realidad de Dios y de su gracia, mayor es la consistencia de la realidad humana en su vida, libertad, razón, deseo, conciencia, amor y gozo. Donde abunda la gracia, abunda la libertad y la vida. Ahora bien, si la fe cristiana realiza este diálogo de salvación teniendo en cuenta esta vulnerabilidad constitutiva es para no realizarla en el vacío o en un idealismo inexistente, sino desde la situación histórica y concreta en la que viven los seres humanos, tantas veces amenazados por realidades que manifiestan su fragilidad.

5. «*Id al mundo entero...*» (Mc 16,15): *la llamada de un mundo globalizado*

Esta conciencia creatural que hemos aprendido padeciendo nos abre a una solidaridad radical con todos los seres humanos, en realidad, con todas las criaturas que formamos el mundo. El papa Francisco nos lo ha recordado en sus dos Encíclicas sociales inspiradas en el santo de Asís: *Laudato si* o la necesidad de una conciencia ecológica que nos ayude a entender que somos creación junto con toda la realidad; y *Fratelli tutti* o la necesidad de una fraternidad universal y amistad social que nos recuerda que toda la humanidad somos una única familia. La pandemia nos ha puesto ante una verdad que ya sabíamos: todo está conectado y de hecho vivimos en eso que hemos llamado la aldea global. El fenómeno de la globalización nos era cada vez más evidente en el ámbito de la economía, las comunicaciones, las relaciones, etc. La pandemia nos ha revelado cómo todo el mundo está conectado. Un estornudo en la región de Wuhan hizo que se constipara un tercio del mundo y que prácticamente la mitad de la población mundial tuviéramos que estar confinados, padeciendo así una recesión económica como no se había vivido desde las dos guerras mundiales. Todavía hoy cuando una región del mundo parece que ha vencido al virus, vuelve a surgir la amenaza porque en otra región del mundo ese virus ha mutado y tiene un índice de contagio mucho mayor que el anterior. En este sentido algunos han hablado de una primera y verdadera pandemia global¹¹.

Pero la globalización no ha de ser sinónimo de masificación, de ocultación de la persona en la sociedad, de desaparición del individuo en la masa. Esta conciencia global nos obliga a ser conscientes de nuestra responsabilidad personal, pues en realidad no hay ninguna acción privada o individual que no tenga repercusión en el conjunto de la sociedad. Para bien y para mal, la acción de uno repercute en la totalidad. Por lo tanto, si no somos capaces de dar una respuesta global y personal a la crisis que nos afecta, nadie, ni ninguna parte del mundo, puede estar y sentirse realmente a salvo. La pandemia nos ha enseñado que debemos reconocernos responsables del destino de todos y cada uno de los habitantes del planeta.

Esta relación global que hace el mundo tan cercano al estar radicalmente interconectado tiene repercusiones positivas y negativas. La comunidad científica

¹¹ J. A. MARTÍNEZ CAMINO, «Introducción. La pandemia global 2020. ¿Fin de la ideología del progreso?», en Id. (ed.), *La fe en tiempos de pandemia. De la utopía a la esperanza*, Madrid 2021, 9-10.

del mundo entero ha compartido de forma casi inmediata los pequeños avances que se van logrando para contener el virus mediante las vacunas y esperemos que pronto también para dominarlo. Tenemos un conocimiento casi inmediato de lo que puede ocurrir en cualquier rincón del mundo haciendo que podamos convertirnos inmediatamente en sus prójimos. La globalización permite un ejercicio de la solidaridad también global, saliendo más allá de los estrechos límites de nuestro pueblo, nuestra región, nuestro país, nuestro continente. Nunca ha sido tan verdad que somos ciudadanos del mundo, siendo conscientes de que pertenecemos a una única humanidad.

Pero también esta globalización tiene sus sombras. La extensión del virus ha sido tan rápida porque nunca hasta ahora había habido un desplazamiento tan constante y masivo de personas en todo el mundo. Las repercusiones económicas de lo que acontece en una región del mundo tiene una influencia directa en otras regiones, generando grandes bolsas de paro y pobreza que, a partir de ahora, desgraciadamente, vamos a ver crecer porque después de la crisis sanitaria viene la crisis económica y social que ya estamos viviendo. Sin retroceder en esta conciencia global, quizá esta pandemia nos ayude a replantear una economía de proximidad, más cercana y autosuficiente, que sea capaz de resistir mejor a los vaivenes producidos en otras regiones de la tierra. Y esto no por una búsqueda de una soñada autarquía nacionalista, sino por responsabilidad con el entorno ecológico y social en el que vivimos. Cada región del mundo debe tener la capacidad de ser autosuficiente y autogestionaria en los bienes fundamentales para el sostenimiento de la vida, porque además de garantizar la sostenibilidad del planeta significaría un desarrollo digno para cada una de las regiones. Hay que dar sentido y verdadera significación humana a esta globalización porque de hecho es la realidad socioeconómica que más está influyendo en el progreso de los pueblos y en el surgimiento de tensiones políticas en torno a la identidad que tanto alimenta a los nacionalismos y populismos¹².

6. *«El Reino de Dios se asemeja...» (Mc 13,24): La importancia de lo cotidiano*

Cuando Jesús tiene que hablar de la presencia de Dios y de su soberanía en medio de la vida de los hombres (Reino) no señala a grandes acontecimientos, sino a situaciones cotidianas de la vida: una mujer que barre, un pastor que busca,

¹² Cfr. F. FUKUYAMA, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas del resentimiento*, Bilbao 2019.

un empresario que contrata, un jornalero que trabaja, un padre que tiene dos hijos... Desde estas situaciones conocidas para todos, Jesús invita a descubrir a Dios presente en el tejido de la vida humana como un misterio que hay que saber ver y una libertad que nos provoca a la conversión¹³. En este tiempo de pandemia y confinamiento ha aflorado la importancia de lo cotidiano y de lo pequeño; de todo aquello que forma parte fundamental de nuestra vida, pero que no hemos echado de menos hasta que hemos notado su ausencia, provocándonos algo así como una *nostalgia por las pequeñas cosas y una valoración de lo cotidiano*. La vida humana no se teje por grandes programas o proyectos. Estos desde luego son necesarios para ofrecernos marcos u horizontes de sentido que van ayudándonos a vivir. Pero el día a día de nuestra vida está hecho de pequeñas cosas que solo valoramos en su justa medida cuando nos faltan.

Un abrazo acogedor de un amigo; un beso cariñoso de una persona querida; una mesa compartida con la familia; unas cañas distendidas con los amigos; una cercanía inspiradora de compañeros de trabajo; un paseo o una carrera liberadora por el monte; una clase, aunque sea aburrida, pero presencial, con contacto visual y atmósfera personal; una eucaristía con la presencia física y espiritual del pueblo de Dios donde se come y bebe el cuerpo y la sangre de Cristo... Todo esto y muchas más cosas forman nuestro día a día, alimentándonos y dándonos las fuerzas necesarias para vivir, a pesar de que a veces por ser algo cotidiano o rutinario no le dábamos la importancia suficiente. La vida está tejida por estas pequeñas cosas que sumadas es lo que hace realmente que esta pueda ser vivida de forma humana. En otro contexto, el libro del Eclesiastés, con un cierto cinismo, ante la verdad de la muerte, invita a gozar y disfrutar de estas pequeñas cosas que forman parte esencial de nuestra vida, ante la mirada complaciente de Dios por una vida moral recta: «Anda, come con alegría tu pan y bebe de buen grado tu vino, porque hace tiempo Dios se complace en tus obras» (Eclo 9,7). En este sentido, más allá de la irresponsabilidad de algunos, entiendo la necesidad de una población confinada de recuperar espacios personales y familiares, aunque sean pequeños, para expresar en sencillas acciones el amor, la amistad, el afecto, la cercanía, la solidaridad que nos sostiene y que necesitamos para vivir, precisamente en un contexto social y litúrgico que nos invitaba a ello, como fue el pasado tiempo de Navidad.

¹³ Cfr. D. MARGUERAT, *Le Dieu des premiers chrétiens*, Genève 42011, 17-32.

En esta vida cotidiana nuestro cuerpo tiene un lugar central¹⁴. Este tiempo de clausura obligada nos ha dado la oportunidad de realizar una mirada especial hacia nuestra corporalidad. El ser humano no tiene un cuerpo como una especie de carcasa que es necesaria para sostener las dimensiones esenciales de su ser. El hombre es cuerpo, siendo la corporalidad una de las dimensiones constitutivas de su esencia y su existencia. La distancia social obligada como forma de (no)relacionarnos con los demás nos ha mostrado lo necesario que es el contacto físico y el encuentro personal. En el ámbito de la enseñanza hemos experimentado las ventajas que nos dan los instrumentos y herramientas tecnológicas. Sin ellas no habiéramos podido terminar el curso pasado de una forma más o menos digna, ni habiéramos podido afrontar este curso en el que estamos. Pero precisamente en esta situación hemos podido comprobar lo absolutamente único y singular que es el aprendizaje presencial, de tú a tú, de persona a persona, sin la mediación de la tecnología y lo virtual. No porque esta sea negativa, sino porque no puede sustituir la comunicación de la persona entera que al hablar o explicarse sobre una cuestión determinada, en realidad se está entregando con todo su ser personal; o mostrando precisamente que no lo hace.

En una época donde se han desarrollado sobremanera las relaciones a través de las "redes sociales", donde ha crecido lo virtual, dando gracias por el servicio que nos ha hecho como mal menor, añoramos y necesitamos el contacto real con la realidad y con las personas a través del cuerpo. Necesitamos el contacto físico como forma importante e insustituible de comunicación y de presencia. Desde este punto de vista antropológico fundamental puedo entender el deseo encendido que también hemos sentido por la carencia de la vida sacramental donde lo físico y lo corporal tiene un puesto central, además de otras razones eclesiales y teológicas a las que me referiré más adelante.

7. «Vi una muchedumbre enorme...» (Ap 7,9): *El ejemplo de los santos y héroes de al lado*

Merecen una mención especial aquellos que en la vida cotidiana se nos han manifestado como *los santos y héroes de al lado*, tal y como ha expresado el

¹⁴ José Granados lleva tiempo insistiendo en esta realidad fundamental de la vida humana y de la estructura sacramental cristiana. Cfr. J. GRANADOS, «¿Nueva época con el Covid-19? El cambio que pide el cuerpo humano», en J. A. Martínez Camino, *La fe en tiempos de pandemia*, 53-75.

Papa Francisco¹⁵. Más allá de las acciones de los gobiernos y las autoridades competentes, que podrán y deberán ser juzgadas por los ciudadanos y la sociedad cuando pase el momento más crudo de la pandemia, la sociedad y ante todo las personas, de carne y hueso, con nombre y apellidos, han respondido con responsabilidad, solidaridad y generosidad; algunos aun a riesgo de la propia vida. Durante los primeros meses salíamos a las ocho de la tarde a los balcones y ventanas para agradecer con nuestros aplausos a estos héroes anónimos que han velado y cuidado de los contagiados y de los enfermos; a aquellos que han continuado trabajando en labores que nos parecían sencillas, casi despreciables, pero que se han revelado como esenciales en nuestra vida. Cuántos gestos y acciones de solidaridad callada pero efectiva se vivieron en aquellos días más agudos de la pandemia, recordándonos la masa buena de la que estamos hechos los seres humanos: donaciones, colectas, servicios gratuitos, solidaridad vecinal, atención a los más desvalidos... Todo ello sumado mostró un tapiz realmente reconfortante de la inmensa mayoría de la sociedad que no empaña las acciones y actitudes de los aprovechados de siempre que quieren beneficiarse de la desgracia e indefensión general. Después de aquella reacción, viene ahora el momento de la fidelidad y la perseverancia en el bien y en la solidaridad, en la generosidad y en la benevolencia, frente a actitudes cicateras y mezquinas que ahora empiezan a aflorar, porque en realidad siempre han estado y estarán ahí. Para ello, los cristianos sabemos por experiencia que no es suficiente la masa buena de la que estamos hechos, ni el sentimiento que nace ante una catástrofe, sino la ayuda de la gracia que viene en ayuda de nuestra debilidad y a fortalecer esta tendencia al bien.

Es verdad que hablamos de heroicidad y santidad, pero realmente la mayoría de las acciones entrarían dentro del sentido del deber. Estos héroes cotidianos cuando se les pregunta no dejan de contestar que ellos no son héroes, sino que sencillamente están cumpliendo con su deber. Después de este tiempo tendremos que preguntarnos qué ha pasado en la sociedad desde un punto de vista moral para que la acción que nace del sentido del deber y la responsabilidad sea vista como un acto heroico. Una periodista decía con razón que cuando el sentido común parece algo excepcional es que la sociedad se ha radicalizado en los extremos. Esto que puede ser dicho de la vida política y social es extrapolable perfectamente a la vida moral. No obstante, dicho esto, es bueno reconocer a tantos héroes y santos de al lado, de la mística de la vida cotidiana que, al ofrecer

¹⁵ Francisco habla exactamente de "Los santos de la puerta de al lado" en un contexto diferente del que ahora usamos nosotros. Cfr. Francisco, *Gaudete et exultate*, 6-9.

su tiempo, dinero, conocimiento, pericia, en definitiva, sus personas por la salud de los otros nos han otorgado luz y esperanza en la vida humana. Ellos se han convertido en una interpelación para la sociedad a una búsqueda del sentido de la vida más allá del consumo alienador del espíritu humano y esquilador de la naturaleza, así como una llamada a un progreso moral en la ética del cuidado que pone el énfasis en el valor de la persona humana debido a su dignidad inalienable.

En este contexto uno no puede por menos que levantar la voz por la insolencia de los políticos que en medio de la pandemia han decidido promover una ley de la eutanasia¹⁶. Cuando todavía teníamos en nuestras retinas el inmoral proceso de descarte que se realizó o intentó realizar, ya que no lo sabemos con certeza, de la población más envejecida en el momento más crudo de la primera ola, el gobierno español y los partidos que lo apoyan deciden sacar adelante una ley que fue aplaudida como un desarrollo de la libertad individual y de los “derechos humanos”, especialmente de los que sufren. La contradicción desde un punto de vista ético es absoluta¹⁷.

Pero más allá de los debates morales sobre los que ahora no podemos entrar, no entiendo como la sociedad española no salió indignada a las calles para protestar contra esta tropelía; o como un hecho como este no se vio reflejado inmediatamente en la pérdida de apoyo social que tienen estos partidos políticos¹⁸. Salvo que tengamos que reconocer amargamente que vivimos en una sociedad culturalmente eutanásica como ya lo es abortista. Cuando la aprobación de una ley como esta en las circunstancias concretas en que vivimos no genera una masiva contestación ciudadana es que tenemos por delante una enorme tarea de regeneración moral y cultural en nuestra sociedad. Porque el problema no es solo una ley que dirige las conciencias hacia esa realidad sobre la que legisla, sino la cultura de la muerte que poco a poco se va instalando como humus en el que vivimos y la atmósfera que respiramos.

¹⁶ Ante la aprobación de la Ley Orgánica de regulación de la eutanasia el 11 de diciembre la Conferencia Episcopal Española publicó la nota «La vida es un don, la eutanasia un fracaso». La bibliografía en torno a esta cuestión moral y no de creencia, como tantos dicen, es inmensa. Señalo dos obras por lo diferente que son: TH. DEVOS (coord.), *Eutanasia. Lo que el decorado esconde. Reflexiones y experiencias de profesionales de la salud*, Salamanca 2020; A. STAJANO, *Amar hasta el final. Los cuidados paliativos frente a la eutanasia. Historias de amor, consuelo y esperanza*, Salamanca 2020.

¹⁷ Esta contradicción es afirmada hasta desde un punto de vista jurídico. Cfr. F. DE MONTALVO JÄÄSKELÄINEN, «¿Cabe proclamar un derecho a morir o es una contradicción en sí misma?», en ABC, 18 de diciembre de 2020.

¹⁸ Como siempre en todo hay excepciones Cfr. A. M^a MARCOS DEL CANO, «No sean inmunes a las enmiendas a la ley de la eutanasia», *El Mundo*, 15 de enero de 2021.

8. *«Él guardaba silencio» (Mc 14, 61): la fecundidad del silencio y del "ayuno eucarístico"*

Si algo ha resonado de forma singular en esta pandemia ha sido el silencio. Desde él hemos podido escuchar el canto de los pájaros en medio de las ciudades apagados tantas veces por el ruido del tráfico y el trasiego de personas. Hemos escuchado sonidos que casi habíamos olvidado, a la vez que hemos podido valorar la palabra que nace del silencio, a comprender la fecundidad del silencio para la palabra. Necesitamos palabras, pero nacidas desde el silencio fecundo que es fuente y origen de estas. El confinamiento nos ha impuesto un silencio obligado en la vida diaria y especialmente en la misión de la Iglesia en el anuncio del evangelio y en la transmisión de la fe. Hay palabras que son pura verborrea que, más que alentarnos e iluminarnos en situaciones como estas, nos dejan apesadumbrados y aturdidos. Todos las hemos sufrido. Cuando en este tiempo quienes solemos predicar a los demás hemos tenido que guardar silencio y escuchar a otros, nos hemos dado cuenta de la fuerza que tiene la palabra cuando es concreta, precisa y verdadera; y lo vana que se vuelve cuando es una pura logomaquia. En este orden fue sobrecogedora la oración del papa Francisco en una plaza de San Pedro vacía ante el Santísimo y ante el mundo entero, gracias a los medios de comunicación.

De la misma manera que hemos criticado las palabras inertes e insignificantes de muchas de nuestras predicaciones en la celebración de la eucaristía, hay que denunciar la pérdida de credibilidad de la palabra cuando ha sido abusada por medio de los responsables políticos. Hoy prácticamente nadie cree en la palabra dada o en la palabra dicha hasta que ésta no viene corroborada con el marchamo de los hechos o de los acontecimientos. En este tiempo de silencio obligado nunca se había depotenciado tanto el poder de la palabra. Este déficit no es nuevo, ya se hace eco el Evangelio de Marcos cuando señala la novedad de la enseñanza de Jesús en que es una palabra con autoridad porque dice aquello que promete en orden a la liberación del ser humano (Mc 1,24).

Dentro de ese silencio como hontanar para la palabra verdadera, en un elogio de la palabra nacida del silencio, como decía Ignacio de Antioquía, es oportuno ofrecer una reflexión en torno al «ayuno eucarístico» que nos ha tocado vivir durante algunos meses. Este ha sido como un prolongado Viernes Santo donde hemos tenido que vivir desde la luz de la palabra y a la sombra de la cruz. Nuestra oración se volvió como en viernes santo más intercesora que nunca, pidiendo la salvación y la salud de aquellos que se encontraban en una situación

más delicada y encomendando a la vida de Dios a los que han muerto. Al interrumpirse la forma habitual de presencia y realización de la misión de la Iglesia mediante los sacramentos y la catequesis hacia la vida interior, la escucha de la palabra y la dimensión espiritual del cuerpo de Cristo, algunos han pensado que se estaba produciendo una especie de “protestantización” de la Iglesia, una enmienda a la raíz sacramental de la vida cristiana. Otros, han pensado que esta situación excepcional debería conducir al fin de una «iglesia clerical», yendo más allá de una Iglesia eucarística y sacramental, donde una de sus estructuras esenciales es la comunión jerárquica.

Hay que volver a recordar la expresión de Henri de Lubac desde donde resumía la doctrina de la relación entre Iglesia y eucaristía en la teología patristica: *La eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la eucaristía*¹⁹. El Cuerpo de Cristo que es la Iglesia se ha manifestado en primer lugar en su vida cotidiana, anhelando la plena expresión en el cuerpo de Cristo de la comunión eucarística, de la que vive y se alimenta. Precisamente ante esta falta de visibilidad del cuerpo de Cristo eucarístico, se nos ha manifestado de forma más patente lo que fue verdad evidente para los padres de la Iglesia: que el cuerpo místico de Cristo es ante todo el pueblo de Dios elegido por él, sin el cual no puede haber celebración de la eucaristía; así como sin el cuerpo de Cristo eucarístico, la Iglesia no puede subsistir²⁰. Es obvio que la relación real entre ambos es esencial, pero porque hayamos tenido que vivir esta relación durante algunos meses de una forma casi invisible, al menos desde una eclesiología sociológica, no hay que sacar conclusiones exageradas.

Por otro lado, hemos de reconocer que quizá nos ha faltado creatividad forzando en exceso una presencia en los medios de comunicación que suplantase la participación real de los bautizados en los sacramentos, especialmente en la eucaristía. La inercia en la vida ordinaria de una pastoral centrada en la celebración de la eucaristía hizo que ante su ausencia pública buscáramos sucedáneos mediante las redes sociales. Sin juzgar la buena intención y el esfuerzo de tantos párrocos, sacerdotes y agentes de pastoral quizá nos hemos olvidado de que esta no es la única actividad de la vida de la Iglesia y que teniendo a esta como fuente y cima hay muchas acciones pastorales, espirituales, sociales, fraternas que preparan y a la vez nacen de la celebración de la eucaristía.

¹⁹ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1980, 112-126. Juan Pablo II se hizo eco de esta expresión en la Encíclica *Ecclesia de eucharistia*, 26.

²⁰ Cfr. ID., *Corpus mysticum. L'Eucharistie et l'Église au Moyen Âge, Œuvres Complètes XV*, Paris 2010 (orig. 1944).

Con todo, la entrega del Señor que celebramos en la eucaristía ha seguido siendo fuente y fundamento de la vida de la Iglesia. Hemos vuelto a la celebración diaria de la eucaristía, aunque todavía con restricciones, pero sería bueno que este «ayuno eucarístico» forzado nos ayude a valorar y cuidar mucho más esta celebración y a comprender que no es la única actividad de la Iglesia, sino su culmen y fuente²¹. La oración confiada a Dios; la escucha de la palabra y el amor al prójimo expresan también la vida del pueblo de Dios como cuerpo de Cristo. Es verdad que estas acciones alcanzan su plenitud en la celebración de la eucaristía y tienen en ella su fuente, pero la Iglesia durante este tiempo no ha dejado de vincularse al Señor a través de este sacramento, aunque lo haya tenido que hacer de una forma excepcional y extraña para la inmensa mayoría de los presbíteros y de los fieles.

9. *«La verdad os hará libres» (Jn 14): La verdad de lo esencial y lo esencial de la verdad*

Este tiempo nos ha ayudado a valorar *la verdad de lo esencial* y a su vez a redescubrir lo *esencial de la verdad*. Solo la verdad nos hace libres. Libres de lo superficial y accesorio y libres de tergiversaciones de la realidad. Ante una situación límite se manifiesta qué es lo realmente esencial y aquello que no es más que superficial y superfluo, tanto en la vida personal de cada uno como en la vida social. ¡Cuántas cosas, tareas, actividades, profesiones estaban sobrevaloradas en un mundo que vivía en una especie de burbuja y de repente hemos tenido que reducirnos a la actividad esencial!

Nos hemos dado cuenta de la importancia que tienen algunos trabajos para nuestra supervivencia que considerábamos humildes y que prácticamente despreciábamos (cajeros, transportistas, repartidores, agricultores, soldados, policías, trabajadores sociales, sacerdotes...), y lo inflados o sobrevalorados que estaban otros y que en una situación como esta no se pueden sostener. No digamos ya el trabajo de los profesionales de la sanidad que nos han mostrado la fuerza que tiene una profesión vocacionada al servicio de la persona y la sociedad. Merecen una mención especial los investigadores y los científicos que, sin tener un lugar relevante en este mundo de la moda y el espectáculo, de los presentadores televisivos y los "influyentes", son y serán decisivos en la gestión

²¹ Al utilizar el Concilio la expresión «fuente y cima», «cumbre y fuente», «raíz y quicio» para referirse a la relación de la eucaristía con la vida de la Iglesia, está expresando la centralidad e importancia de la eucaristía, pero también la necesidad de otras acciones y actividades que nacen de ella o conducen a ella. Cfr. LG 11; SC 10 (aquí sobre la liturgia en general); PO 5 y 6.

sanitaria, económica y social de la crisis provocada por el Covid-19. Ojalá cuando volvamos a la normalidad no olvidemos esto y que haya una más justa proporción entre ambos mundos. No pueden ser central por atención, influencia y dinero profesiones y trabajos que en realidad en el momento decisivo no sirven para nada, frente a aquellas que literalmente nos salvan y son esenciales para vivir en los momentos de mayor peligro.

Suele decirse que estos trabajos y profesiones se valoran así por la riqueza que generan a su alrededor, pero es llamativo cómo en cuanto hay un percance donde esta economía se pone en juego, no hay una estructura real y financiera que la sostenga porque los sueldos y las ganancias no están ajustados a la realidad, sino sujetos a un mundo virtual y ficticio, a una representación que en cuanto vienen mal dadas se termina. En el alto mundo de la cultura, del cine, del espectáculo, de la televisión y del deporte profesional hay un dopaje económico que no se corresponde con la verdadera función que desempeñan en la sociedad. En cuanto ha caído el negocio de la publicidad y las subvenciones del Estado, se han revelado como trabajos insostenibles económicamente para el cometido que realizan. La sanidad, la educación, la cultura, la alimentación, los transportes, la generación y distribución de los bienes primarios, el cuidado del alma y el alimento del espíritu han aflorado en su necesidad esencial frente a tantas actividades que en tiempos de bonanza se soportan, pero en momentos de necesidad se vuelven inútiles y superfluas o al menos se han manifestado con un reconocimiento excesivo y desproporcionado en términos sociales y económicos.

Unido a este valor de lo esencial, está lo esencial de la verdad. Sin ella no podemos ir adelante. Es un tópico atribuido al dramaturgo griego Esquilo la afirmación de que la verdad es la primera víctima de la guerra. No estamos en guerra, la pandemia es otra cosa, pero para vivir en libertad necesitamos la verdad. Los nuevos medios de comunicación permiten una información rápida y eficiente, pero también es un caldo de cultivo para la desinformación y la mentira. La verdad siempre acaba por salir a la luz, pero mientras tanto es necesario que permanezcamos relacionados con la realidad, que tengamos experiencia directa con lo que ocurre a nuestro alrededor para no dejarnos atrapar por relatos ilusorios o informaciones falsas. En estos tiempos hemos podido comprobar cómo también hay "santos" o más bien "mártires" que han antepuesto el deber sagrado de informar con verdad a la gran corriente "bien pensante" que ha seguido el camino fácil de decir lo políticamente correcto. Hace tiempo que no tenía la sensación de que los medios de comunicación, especialmente las

televisiones y algunos periódicos nacionales, nos estaban mostrando una "aparente realidad" que no concordaba absolutamente con la información directa que uno recibía por medio de contactos personales y cercanos. La desproporción entre la fachada que nos querían vender los medios de comunicación y la experiencia real de lo que sucedía era abismal.

Muchos se han preguntado dónde ha estado la Iglesia en esta situación. Además de padeciendo los efectos del virus en muchos presbiterios, casas de religiosos y agentes de pastoral, que debido a su edad avanzada han sido grupos de riesgo, ha estado allí donde está de forma habitual: en la plegaria incesante por todos los hombres ante Dios misericordioso; en la atención espiritual de las personas acompañando esta situación de incertidumbre; en la asistencia social haciendo que los que sufren de una forma más dramática los efectos de la pandemia no se queden definitivamente descolgados o en situaciones prácticamente de exclusión; en el acompañamiento en el duelo y la memoria por los seres queridos que han perdido su vida en la soledad de las morgues o residencias de mayores; en la acción educativa de tantos niños y jóvenes que están desarrollándose para un futuro; y también en el compromiso por la verdad desde la información escapando de las censuras autoimpuestas. Cuando algunos periodistas y escritores echaban de menos públicamente la acción de la Iglesia durante los momentos más duros de la pandemia, desde su situación privilegiada, en realidad lo que decían es que no la conocen en su dimensión real. Ellos quieren referirse a los obispos y a la jerarquía, pero desde hace mucho tiempo la Iglesia se comprende a sí misma desde cada uno de los bautizados y allí donde hay un bautizado está la Iglesia entera. Por esto ha estado en todos los ámbitos de la vida y especialmente en el servicio a la caridad y a la verdad. Quien la conoce y tiene una experiencia directa de lo que ella es, lo sabe.

En esta época de pandemia se nos ha mostrado una Iglesia desnuda y vulnerable. Sin la densidad y podríamos decir sin el «brillo y la imagen» de las celebraciones litúrgicas públicas y habituales, ha aparecido la Iglesia que siempre es y siempre ha estado, existiendo y sirviendo en la cercanía e inmediatez de la vida de las personas, en sus angustias y sufrimientos, en sus gozos y esperanzas, anunciando la muerte, proclamando la resurrección, hasta que el Señor vuelva. Cuando la realidad se ha impuesto en toda su crudeza, atravesando las cortinas de la ideología y de la propaganda, ha aparecido la realidad de la Iglesia, débil ante los poderes de este mundo y casi sin voz en el escenario mediático actual,

pero poderosa en el servicio callado de tantos fieles, estando presente en la vida real y cotidiana de los seres humanos.

10. *«Si Dios está con nosotros, quien contra nosotros» (Rom 8,31): Dios no está en el virus*

Como ya decíamos al principio de nuestra intervención, es legítimo e incluso necesario que al final los cristianos nos preguntemos donde está Dios en esta situación. No parece satisfactoria una respuesta secularista que aleja a Dios definitivamente de la vida de los hombres sin tener nada que decir, ni nada que hacer en los momentos decisivos de la vida, precisamente cuando más lo necesitamos. Tampoco parece adecuada una lectura providencialista que sitúa a Dios como responsable directo de esa pandemia y por ende de sus consecuencias de muerte, sufrimiento y caos para así llamarnos a la conversión y conducirnos a buen puerto. Recogiendo una expresión de Rainero Cantalamesa, predicador de la Casa Pontificia, en esta y en cualquier pandemia o desgracia Dios no está en el virus como plaga o castigo por una humanidad pecadora²². Ya lo experimentó el profeta Elías. Dios está en el susurro de la suave brisa que deja después del ruido de la tormenta, del terremoto y del fuego (1Re 19,12). Si esta situación nos está llamando a la conversión, a una nueva forma de relacionarnos con él, con el prójimo y con la naturaleza, que es evidente que siempre -no solo ahora- es así, Dios está como aliento y fuerza para llevar adelante este camino de conversión y de lucha contra los efectos destructivos de este virus. Aquí podemos recordar a Pablo de Tarso en su exhortación a los cristianos de Roma cuando le preguntaban por el lugar de Dios ante el sufrimiento de las criaturas: Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? (cfr. Rom 8,31). Dios se hace presente en esta situación, no en el virus castigando, sino sufriendo y padeciendo con nosotros la pandemia; y siendo fuerza de transformación y resurrección para la vida.

Cuando la tradición judeocristiana ha interpretado la historia concreta que le sucedía desde una perspectiva teológica, no estaba identificando a Dios como al autor y responsable de esa situación histórica. Hay dos ejemplos fundamentales que pueden servirnos en este contexto: el exilio del pueblo de Israel y la muerte de Jesucristo. Después de sufrir la catástrofe de la destrucción del Templo y la deportación de los representantes más cualificados del pueblo

²² Su expresión exacta es esta: «No es Dios quien ha arrojado el pincel sobre el fresco de nuestra orgullosa civilización tecnológica. ¡Dios es nuestro aliado, no del virus!». Homilía del Viernes Santo 10 de abril de 2020.

de Israel, la teología judía fue capaz de ver en ello, más allá de la acción histórica de los imperios babilónico y persa, la acción misteriosa de Dios, que lejos de abandonarle les estaba invitando a la conversión y a una nueva forma de comunión y de presencia²³. La idolatría y la incapacidad de escucha de la palabra de Dios son los pecados que explican la ruina de Israel y de Judá (cfr. 2Re 17, 7-23; 23, 26-27)²⁴. Desde esta lógica hay que interpretar la idea del Exilio como "castigo". Pero es necesario advertir que esto no significaba que Dios fuera el autor y responsable directo de esta penosa situación histórica, sino la oportunidad que Dios mismo les ofrecía para volver a la alianza. Como expresa José Ramón Busto «el castigo es, pues, expresión de la fidelidad y del amor de Dios a su pueblo porque, en lugar de abandonarlo, lo sigue llamando a vivir en comunión con él»²⁵.

Lo mismo podemos decir del hecho ignominioso de la muerte de Jesús²⁶. Esta fue fruto del complot de los dirigentes judíos, la traición de Judas, el abandono de sus discípulos, el poder de los romanos. En este sentido fue fruto del pecado de los hombres. Pero dicho esto, la comunidad cristiana al ver morir a Jesús de esa forma se preguntó si no sería ante todo un acto de entrega personal única, revelando la hondura última de la libertad del ser humano y una forma escandalosa y poderosa de realizar y mostrar el amor de Dios por todos los hombres. Nuevamente, no se pueden confundir los planos de la historia concreta, de la libertad personal y del amor divino, haciendo el responsable de la muerte de Jesús a sí mismo (suicidio encubierto) o al Padre (destino cruel). Pero en ella, siendo causa concreta de la historia y libertad de los hombres que entregan y traicionan a Jesús, se nos revela a la vez la libertad personal y el amor de Dios.

De forma análoga podemos y debemos leer ahora este momento histórico. La situación que vivimos tiene unas causas históricas y naturales concretas que debemos conocer, pero es también legítimo que, en ella y a través de ella, Dios

²³ En este orden hay que recordar la aportación de Martin Noth a la historia y teología del Antiguo Testamento. La importancia del Exilio en la fe de Israel y en la configuración de sus Escrituras Sagradas como interpretación de la historia desde la presencia salvífica de Dios es subrayada cada vez con más insistencia. Cfr. W. BRUEGGEMANN, *Teología del Antiguo Testamento*, Salamanca 2007, 90-95. R. KLEIN, *Israel in Exile: A Theological Interpretation*, Filadelfia 1979; D. L. SMITH, *The Religion of the Landness: The Social Context of the Babylonian Exile*, Bloomington 1989.

²⁴ R. DUARTE CASTILLO, *Historiografía deuteronomista*, Estella 2017, 25.

²⁵ J. R. BUSTO SAIZ, «LA SAGRADA ESCRITURA», EN, A. CORDOVILLA (ED.), *Cristianismo y hecho religioso*, Madrid 2013, 165.

²⁶ El estudio clásico de W. POPKES, *Christus traditus. Eine Untersuchung zum Begriff der Dahingabe im Neuen Testament*, Zürich-Stuttgart 1967.

nos esté llamando en este momento no solo a responder adecuadamente a esta situación de emergencia, sino a transformar nuestro modo de vida y a relacionarnos con la naturaleza, con los otros y con Dios mismo, de una forma más humana y cristiana. Dios está aquí, de esta forma, pero no como causante o promotor de una desgracia como esta. Dios no está en el virus, sino en la fuerza para responder a él con sabiduría, prudencia e inteligencia, siendo responsables y compasivos. Él nos llama a ser santos y misericordiosos como Él y porque Él es santo y misericordioso, siempre y en toda circunstancia (cfr. Mt 5,48; Lc 6,36). Pero lo hace, no desde la tormenta, el terremoto o el fuego, sino desde «el susurro de una brisa suave», «el silbo de un aura tenue» (1Re 19,12).

Estamos llamados a ver la presencia providente de Dios en todo lo que nos sucede en un mundo que es esencialmente contingente y finito entregado a los hombres para acompañarlo en su camino de perfeccionamiento («esto tenía que suceder, pero no es el fin» Mt 24,6), pero la acción salvífica y definitiva de Dios como juicio y salvación no es sino la presencia soberana de su Hijo (parusía), de aquel que ha venido a nuestro mundo. Él ha asumido nuestra condición humana y porta para siempre las marcas de su paso en la tierra entre nosotros. Esas marcas que son un signo eterno de la fidelidad de su misericordia y de su gracia. Porque él, que comenzó la obra buena en el principio siendo el Logos creador, él mismo la llevará a término como Señor y Juez de la historia. Hasta que esto suceda durante este entretiem po nos toca a nosotros interpretar lo que acontece en nuestro mundo como una doble llamada que Dios nos hace a la responsabilidad moral con la creación y con el prójimo y a la trascendencia para saber descubrir su presencia como Padre misericordioso y Señor omnipotente.